

EL CALVARIO DE LOS ESCRITORES EXILIADOS

POR

THOMAS MOLNAR

Hace muchos años, cuando impartía mis clases en una pequeña universidad del Noroeste, decidí escribir un cuento corto en el que Hitler y Stalin eran dos profesores de ciencias políticas exiliados que coincidían, al inscribirse en el mes de septiembre, en «la típica universidad de un lugar cualquiera de América». Ante los nuevos alumnos, que nunca habían oído hablar de ellos (¿cómo se escribe su nombre, profesor Hitler?), los dos se miraron mutuamente, prorrumpieron en carcajadas o llantos —no lo he decidido todavía— y se abrazaron. Los mejores colegas desde entonces, hermanados en el exilio.

No todos los refugiados sobreviven de igual manera. Los investigadores y los banqueros pueden proseguir su carrera en los Estados Unidos sin demasiadas dificultades, puesto que el lenguaje universitario y el financiero son universalmente interpretables. Pero el novelista, el poeta o el ensayista se enfrentan a una tragedia. En su patria han adquirido madurez y fama; como refugiados, se encuentran no sólo arrancados de las imágenes y sonidos que rodearon su juventud, sino también de su lengua materna. Y, para ellos, se trata de una herramienta insustituible, porque el verdadero escritor contempla y capta el mundo a través del lenguaje. Ningún objeto es el mismo en otra lengua, ni los árboles, ni el cielo, ni la alegría, el sufrimiento o el amor. El investigador puede barajar sus plurilingües ficheros y consignar en ellos lo que ha estudiado un día en inglés y al siguiente en alemán. Pero Aleksander Solzhenitsyn o Milan Kundera no pueden hacerlo: necesitarían primero volver a aprehender el mundo.

Se da, en efecto, por decirlo de algún modo, una gradación de exilios. El poeta cubano Armando Valladares, liberado del Gulag de Castro, se zambulle en un océano de hispanoparlantes. Sus poemas de la cárcel, con su fresca impronta de sufrimiento, pueden ser leídos en España o Argentina. No así las novelas y poemas de los grandes escritores húngaros, Sandor Marai y Gyula Illyes: ajenos a la acogedora familia de las lenguas indoeuropeas, el húngaro, el finés o el turco, son casi intraducibles. El escritor exiliado de lenguas aisladas, lo es por partida doble.

Pero no es ese el final del calvario de un escritor expatriado (incluso un Solzhenitsyn, ¿durante cuánto tiempo podrá recordar, en Vermont, el aroma de los polvorientos caminos de Rusia, el tacto de sus árboles, el sonido de las aguas fluyendo por las llanuras rusas?). Un tercer exilio le espera. Mientras lucha contra la desesperación en un país extraño, el propio lenguaje que proporciona sustancia a su arte está cambiando, evolucionando, degenerando en la patria.

El ruso soviético no es ya la lengua de Tolstoy. El húngaro, bajo el comunismo, ha sido brutalizado; se ha convertido en una obscenidad. El lenguaje del partido, con sus mentiras, su propaganda y falsas promesas, envilece la palabra; las realidades se disuelven en los slongans, y ningún escritor les proporciona vida inmortal. En las escuelas, un número reducido de maestros valerosos inculcan el amor a las palabras. Pero, por lo general, la diversidad ha desaparecido con la «sociedad de clases», y prevalece el nuevo lenguaje del partido, pesado, este-reotipado, con su hilvanar de fórmulas consagradas.

¿Para quién puede escribir el escritor exiliado? Para un público evanescente. Sus compatriotas exiliados —sus lectores potenciales— han iniciado también una nueva vida en el extranjero, en diferentes naciones y culturas. Algunos hablan ya su lengua materna con titubeos; su vocabulario se ha hecho limitado y torpe y sus hijos han olvidado aquella lengua por completo, incluso la dulce melodía de sus sonidos. El propio escritor, al

igual que su obra, está siendo reciclado. Escribe para un público casi invisible, sus libros son impresos por efímeras editoriales, y sólo puede expresarse en reuniones benéficas.

Una vida dividida.

En pocas palabras, se ha convertido, en plena libertad de expresión, en un autor maldito, que roba aquí y allá tiempo para escribir, mientras trabaja de nueve a cinco, en una oficina o en algún empleo doméstico. Sólo escasos visitantes de su antigua patria o de la diáspora acuden a verle. En un primer momento se reconfortan con la tenue luz del encuentro, y las viejas y queridas palabras fluyen espontáneamente como el vino o el vodka. Hasta el momento en que la conversación se orienta hacia el presente o el acontecer local. Entonces ya no bastan las viejas palabras y la conversación se desliza hacia el inglés, el español o el alemán.

El escritor refugiado es un hombre desgarrado; lleva una máscara con dos muecas, una alegre y otra triste. Puede pensarse que, a la postre, cuenta con el apoyo de sus colegas escritores, en cuya compañía puede repetir las palabras doradas y las frases sonoras. Quien así lo crea, se equivoca. Entre ellos, los escritores, los investigadores, los intelectuales, se muestran vanidosos, más celosos del éxito de su vecino que un campeón olímpico o una estrella de ópera. Sus asociaciones son nidos de víboras. Se pelean por una migaja de prestigio y se disputan las casas editoriales o las revistas, que siempre parecen publicar lo que escribe el rival. Todos los escritores saben exactamente cuándo su competidor abandonó la madre patria, porque la fecha de su disidencia indica de manera infalible el grado de servidumbre hacia el régimen odiado a que tuvo que someterse el nuevo refugiado: por la fecha de disidencia los conoceréis. Obviamente, aquel cuya disidencia sea más cercana, el escritor recién llegado, será el más sospechoso. Y, obviamente también, no será digno de asistencia económica ni de ayuda solidaria. El

país de procedencia sabe cómo explotar esos conflictos y celos, cómo debilitar y tentar al escritor expatriado. El nuevo libro de Solzhenitsyn, *Nuestros pluralistas*, es una buena ilustración del desarrollo de los nidos de víboras entre los emigrantes soviéticos. En él acusa a sus compañeros disidentes —liberales, socialistas, social-demócratas— con el cargo de sucumbir a las tentaciones de Occidente.

Volver a casa.

El último recurso del escritor disidente es, por lo tanto, la melancolía. Cuando la vejez se acerca, sus lealtades se hallan divididas entre la patria de origen y su nuevo hogar; donde sigue siendo un extraño y lleva una existencia de extranjero. Por eso el escritor hará una tentativa de regresar a su patria, al lugar donde nacieron su imagen del mundo y su estilo. Se tratará de regresar a casa con seriedad, como debe ser, haciendo primero algunas gestiones «diplomáticas» con el odiado gobierno. Parecerá que implora en estos términos: «Dadme una última oportunidad de expresarme, de ser publicado y escuchado en mi lengua nativa, en contacto con el único público que, después de todo lo que ha ocurrido, es capaz todavía de entenderme. El lenguaje se halla desfondado, la juventud es brutal y arrogante, el Partido omnipotente, pero los huertos que jalonan las veredas huelen deliciosamente en primavera, y las cercas de los jardines de la aldea están hechas en la misma madera torneada de antaño».

Nos hallamos en el comienzo del largo recorrido, y es menester pagar un precio. El escritor X, exiliado desde hace décadas, baluarte de oposición al régimen, publica ahora en revistas y habla en la radio citando ocasionalmente a Marx y a Engels. No todavía a Lenin o al *leader* local, pero todo se andará. Ellos le han prometido publicar uno o dos de sus libros, debidamente expurgados, por supuesto. Nuestro escritor experimenta entonces una asombrosa metamorfosis. El régimen le despoja metódicamente del respeto de sí. De este modo, aunque no consiga real-

mente el apoyo de su patria, el escritor habrá renunciado en el exilio a los fundamentos de su moral. ¿Cómo puede encontrarse a sí mismo en semejante situación? Si todo ha sido dicho y hecho es a causa del valor de las palabras, más fuerte, más importante para él que sus esperanzas, sus temores, sus ataduras e intereses humanos, más fuerte que los principios y la integridad. Si él muriese en el exilio, su tumba no sería un símbolo nacional, un lugar de encuentro para las futuras generaciones, un solar donde pueda germinar la resistencia a un futuro régimen opresivo. Sólo sería un aventurero desconocido, con su tumba perdida en cualquier lugar del anchuroso mundo.

Sus palabras, vinculadas a la madre patria, son el único nexo con el pasado, con el mundo, con las fuentes del conocimiento. Solzhenitsyn podrá ser el príncipe de los escritores exiliados, Czeslaw Milosz podrá recibir el Nobel y Valladares engarzar en su corona de laurel las hojas del martirio, pero siempre serán los habitantes de un extraño país, el País del Exilio. Su santo patrón no fue escritor él mismo, sino un hombre de ideas sustanciosas llamado Sócrates. Ante la disyuntiva entre el exilio y la muerte, Sócrates no dudó ni un instante. Ciertamente, si hubiera escogido el exilio, habría permanecido en territorio de habla griega. Pero la brisa de Tebas o Corinto no habría soplado para él con la suavidad del ágil Iliso, y la arboleda a cuya sombra departía con jóvenes vehementes le resultaría siempre más grata que las de Tesalia o Megara.